

CAPITULO III.

DESCARTES.

« Habiase filosofado por espacio de tres mil
« años sobre varios principios, y en un rincon
« de la tierra se levanta un hombre que cambia
« toda la faz de la filosofia, y pretende hacer ver
« que cuantos le han precedido no entendian los

« principios de la naturaleza. Y esto no se queda
 « en vanas promesas, pues debemos confesar que
 « este recién venido da mas luces acerca del cono-
 « cimiento de las cosas naturales, que todos ellos
 « juntos. Sin embargo, á pesar del buen éxito con
 « que hizo ver la poca solidez de los principios
 « de la filosofía comun, todavía deja en los suyos
 « demasiadas obscuridades impenetrables al es-
 « piritu humano. Lo que nos dice, por ejemplo,
 « del espacio y de la naturaleza de la materia,
 « está sujeto á graves dificultades, y recelamos
 « mucho no tengan mas pasión que luces los que
 « parecen no espantarse. ¿Qué mayor ejemplo
 « puede darse de la debilidad del espíritu hu-
 « mano? »

El que así se explica era cartesiano, y se ve cuan
 lejos estaba de hallarse satisfecho con la doctrina
 de su maestro. Pero los buenos talentos, desen-
 gañados de la filosofía de Aristóteles adoptaron
 naturalmente la del hombre que había descar-
 gado el golpe mortal, y se sometieron, aunque
 murmurando, á la autoridad del vencedor.

• NICOLE. *Traité de la faiblesse de l'Homme*. n. XXXIV.

Antes de examinar sus principios y su método,
 convendrá observar que un sistema de filosofía
 no es mas que la investigación de los medios de
 llegar al conocimiento cierto de la verdad; pues
 si no existiesen verdades ciertas, ó si no se su-
 piese cuales son los caracteres con que se la re-
 conoce, ya no habria filosofía, ni tampoco razon
 humana. Nada podria negarse ni afirmarse; los
 entendimientos faltos de regla, fluctuarían en
 una duda eterna.

La primera pregunta que se debe hacer el que
 quiere entenderse en filosofía, es esta: ¿Cuál es
 el fundamento de la certeza? Descartes se la hizo,
 y halló que hasta entonces ningun filósofo había
 respondido á ella de un modo satisfactorio. Cita-
 rémos sus propias palabras.

« Los primeros y principales filósofos, cuyos
 « escritos conservamos, son Platon y Aristóteles,
 « entre quienes no hay otra diferencia, sino que
 « el primero, siguiendo las huellas de su maes-
 « tro Sócrates, ha confesado ingenuamente que
 « aun no había encontrado nada de cierto, y se
 « ha contentado con escribir cosas que le han
 « parecido verosímiles, imaginando á este efecto

« algunos principios, por cuyo medio procuraba dar razon de las demas cosas; en vez que Aristóteles ha sido menos franco, y aunque durante veinte años habia sido su discípulo y no tuviese otros principios que los suyos, ha variado enteramente el modo de presentarlos, y los ha propuesto como verdaderos y seguros, aunque no hay la menor apariencia de que jamas los haya estimado tales... De donde debemos concluir que los que han aprendido menos de cuanto hasta aquí se ha llamado filosofía, son los mas aptos para aprender la verdadera¹. »

Si no tuviesen los hombres un medio natural de llegar á conocer la verdad con certeza, sin dependencia de cualquier filosofía, hasta Descartes no debian haber estado seguros de nada. Pero veamos por qué camino se esfuerza por llegar á la certeza.

« Hace ya muchísimo tiempo, dice, que he reflexionado haber recibido desde mis prime-

¹ *Les Principes de la Philosophie*, escritos en latin por Renato Descartes, y puestos en frances por un amigo suyo. *Prólogo*, Rouen, 1698.

« ros años, muchas opiniones falsas por verdaderas, y que cuanto he fundado despues sobre principios tan poco seguros, no podia menos de ser muy dudoso é incierto. Y desde entonces juzgué que si queria establecer alguna cosa firme y constante en las ciencias, era necesario emprender seriamente, una vez en mi vida, el deshacerme de todas las opiniones que antes habia admitido, y empezar de nuevo desde el fundamento... »

« Hoy pues, que, muy de propósito me he desprendido para este intento, de toda especie de cuidados, que felizmente no me siento agitado de pasion alguna, y que me he proporcionado un reposo seguro en una soledad apacible, me aplicaré sériamente y con toda libertad, á destruir todas mis antiguas opiniones en general. Para este efecto no será necesario que demuestre ser todas falsas, cosa que quizas no podria conseguir jamas, pero como el juicio me persuade ya, que no debo guardarme con menos cuidado de dar crédito á cosas que no son enteramente ciertas é indubitables que á otras que me parecen patentemente falsas, esto

« me bastará para desecharlas todas, si puedo
 « encontrar en cada cual razon alguna de dudar.
 « Y para esto tampoco será necesario examinar-
 « las cada una en particular, pues seria un tra-
 « bajo interminable : sino que como la ruina de
 « los cimientos arrastra necesariamente consigo
 « la de todo el edificio, atacaré desde luego los
 « principios en que se apoyaban todas mis anti-
 « guas opiniones ».

Descartes comienza pues por aislarse abso-
 lutamente, desprendiéndose de todas las creen-
 cias que se apoyan en la autoridad de los hom-
 bres *. Podria preguntársele de quién aprendió
 este lenguaje, y como pensaria y discurriria sin
 él. Esta sola pregunta le haria pararse al primer
 paso, ó bien á su pesar le obligaria á admitir la
 autoridad que antes desechó. Pero no insista-

* *Méditations métaphysiques de René Descartes, touchant la première philosophie.* Terc. edic. Paris. 1675. *Médit. I.* p. 1 y 2.

* En sus respuestas á las quintas objeciones, lo confiesa en tér-
 minos formales. « Deberais tener presente, » dice á sus adversa-
 rios. « que hablais con un espíritu, tan desprendido de cosas cor-
 « póreas, que ni tan siquiera sabe, si, antes que él hubo hombres,
 « y que por lo mismo no le importa mucho su autoridad. *Ibid.*,
 pag. 465.

mos mas en este punto. Procede en suposicion
 de que debe encontrar la verdad en si mismo ;
 y de este principio, que no ha de reconocer
 por cierto sino lo claramente demostrado á su
 razon.

Mas apenas ha renunciado de la fe, cuando
 se le escapan todas las verdades sin que pueda
 retener una sola. No ve mas que razones de du-
 dar : « A estas razones, dice, ciertamente no
 « tengo nada que responder ; pero en fin me
 « veo precisado á confesar que puedo en al-
 « gun modo dudar de cuanto yo creia en otro
 « tiempo ; y esto no por inconsideracion ó lige-
 « reza, sino fundado en razones muy fuertes y
 « consideradas con mucha madurez, de modo
 « que si me propongo hallar algo de cierto y
 « seguro en las ciencias, no debo guardarme
 « menos de darles crédito, que lo haria si fueran
 « patentemente falsas ».

Tenemos ya sumergido en la duda universal
 á este gran talento. Si mucho se esfuerza, mu-
 cho mas se abisma. ¿Cómo saldrá de aquí ?

* *Médit., I.* pag. 7.

¿Cuál será su punto de apoyo en este vacío? Veamos, escuchémos: ¿Qué es pues lo que podrá estimarse cierto? Tal vez solo esto: nada hay de cierto en el mundo. Pero ¿que sé yo si no hay alguna cosa distinta de las que yo acabo de juzgar inciertas, y de la que no pueda dudar absolutamente? ¿No hay acaso algún Dios ó algún otro poder que infunde en mi alma estos pensamientos? Esto no es necesario, pues acaso soy yo capaz de producirlas por mí mismo. Por ventura no soy yo por lo menos alguna cosa? »

Tal es su último recurso; todo le falta, todo se le huye; reúne sus fuerzas desfallecidas; como quien procura asirse de sí mismo, temiendo evaporarse como todo lo demas. Se considera con la mayor atención y no sabe si reconoce en sí mismo un ente real ó un fantasma; el sí y el no para él tienen los mismos visos de verdad; ¿Qué hará pues en este estado? « Por último, exclama, debo concluir y tener por constante que esta proposición, *yo soy, yo existo*, es ne-

¹ *Médit. II*, pag. 11.

« cesariamente verdadera, siempre que la pronuncio, ó que la concibo. »

Ciertamente que ya es mucho, poder pronunciar con seguridad esta palabra, *existo*; estar cierto de su existencia. ¿No puede menos de ser cierto; ó Descartes! que tengáis, que cada uno de nosotros tenga esta certeza? Gustára mucho oíroslo repetir. Sí, « estoy seguro de que soy una cosa que piensa. » ¡ Muchas gracias,

¹ *Médit. II*, pag. 12.

² *Médit. III*, pag. 23. — Aunque Bernardin de Saint-Pierre no sea autoridad en filosofía, citaremos lo que dice del famoso argumento, *yo pienso, luego existo*, porque esto nos suministrará motivo para explicar el sentido que daba Descartes á esta palabra, *yo pienso*, cosa esencial para entender bien la doctrina de este célebre metafísico. « Descartes sienta por base de las primeras verdades naturales: *Yo pienso, luego existo*. Como este filósofo se ha grangeado una gran reputación, merecida por otra parte, á causa de sus conocimientos en geometría, y sobre todo por sus virtudes, su argumento de la existencia ha sido muy celebrado y ha adquirido la preponderancia de un axioma. Pero, á mi entender, este argumento peca esencialmente, en que no tiene la generalidad de un principio fundamental; pues tiene la consecuencia implícita que cuando un hombre no piensa, no existe, ó al menos no tiene pruebas de su existencia....

« Yo substituyo pues al argumento de Descartes, este: *Yo siento, luego existo*. Se extiende á todas nuestras sensaciones físicas, que nos dan á conocer nuestra existencia con mas frecuen-

ilustre filósofo! *yo soy, yo existo*, esto es cierto; ¿No es eso lo que afirmáis? ¿vuestro juicio no

«cia que el pensamiento. Tiene por móvil una facultad desconocida al alma, que yo llamo el *sentimiento*, con el que tiene «relacion el mismo pensamiento; porque la evidencia, punto á «que procuramos reducir todas las operaciones de nuestra razón, no es en sí misma mas que un mero sentimiento....

« Nos prueba el sentimiento mucho mejor que nuestra razón, «la espiritualidad de nuestro alma; porque esta nos propone muchas veces como fin, la satisfacción de nuestras pasiones mas groseras, en tanto que aquel siempre es puro en sus deseos. Por otra «parte, muchos efectos naturales que la una no percibe, los advierte el otro; tal es segun hemos dicho, la evidencia misma, «que siendo solamente un sentimiento, es del todo inasequible para nuestra reflexión; tal es aun nuestra existencia. La prueba no «está en nuestra razón: pues ¿cuál es la razón porque existo? «¿Dónde se halla esta? Pero yo siento que existo y me basta este «sentimiento. » *Études de la nature*, tom. III.

Si hubiese Bernardin de Saint-Pierre leído el filósofo que combatía, hubiera visto que este argumento, *Yo siento, luego existo*, es idéntico á este: *Yo pienso, luego existo*. «Por la palabra «pensar, » dice Descartes, «entiendo cuanto se opera en nosotros, «de modo, que lo percibamos inmediatamente por nosotros mismos, por lo cual, no solo entender, querer, imaginar, sino *sentir*, es aquí lo mismo que pensar. » *Les Principes de la Philosophie*, parte 1, n. 9.

En substancia, el pensamiento, el sentimiento, la imaginación, la voluntad, siempre que *las percibimos inmediatamente*, como que todo es y constituye nuestro propio ser, el argumento de Descartes y el que Bernardin de Saint-Pierre propone substituirle se reducen á este discurso: *Yo soy, luego soy*.

descubre ningun motivo, ni aun leve, para dudar de esta proposición? Hablad, que aguardo la respuesta.

«Estoy seguro de ser una cosa que piensa; «pero ¿sé yo lo que se requiere para estar «cierto de alguna cosa? Sin duda, no hay en «este primer conocimiento, nada que me asegure de la verdad, sino la percepción clara y «distinta de lo que digo, la cual, no sería suficiente para asegurarme que lo que digo es «cierto, si alguna vez pudiese suceder que una «cosa concebida por mí tan clara y distintamente se encontrase falsa; y por tanto, *me «parece* puedo establecer como regla general, «que *todas las cosas por nosotros concebidas muy «clara y distintamente, son verdaderas*.

«Con todo, anteriormente he recibido y admitido varias cosas como muy ciertas y muy «patentes, que, sin embargo, posteriormente «he reconocido son dudosas é inciertas..... Pero «cuando consideraba alguna cosa muy sencilla y «muy facil concerniente á la aritmética y geometría, por ejemplo, que dos y tres producen el «número de cinco, y otras cosas semejantes; ¿no

« las concebía yo á lo menos con bastante claridad para asegurar que eran ciertas? A la verdad, si posteriormente he juzgado que estas cosas podían dudarse, no ha sido por otra razón, sino el haberme venido al pensamiento que acaso algun Dios habia podido darme tal naturaleza, que yo me equivocase aun en las cosas que me parecen mas patentes. Pero siempre que esta opinion, anteriormente concebida, del supremo poder de un Dios se presenta á mi memoria, me veo precisado á confesar que le es fácil, si quiere, hacer de suerte que yo me engañe, aun en las cosas que creo conocer con grandísima evidencia.... Y ciertamente, puesto que no tengo ninguna razon para creer que haya algun Dios que sea engañoso, y además que todavia no he considerado las que prueban que hay un Dios, la razon de dudar, que depende solamente de esta opinion es muy débil, y por mejor decir, metafisica. Pero á fin de hacerla desaparecer enteramente, debo examinar si hay un Dios en cuanto la ocasion se presente para ello, y si encuentro que le hay, tambien debo examinar si puede

« ser engañoso: pues sin el conocimiento de estas dos verdades, no veo que jamas pueda yo estar cierto de cosa alguna ».

Así pues ya estoy nuevamente sumergido en mi primera incertidumbre; no puedo afirmar absolutamente ni aun mi propia existencia. Cuando pronuncie este fallo: *Yo existo; no hay nada que me asegure de su verdad, sino la percepcion clara y distinta de lo que digo.* La verdad de mi fallo depende pues de la de este principio: *todo lo que percibo clara y distintamente es ver-*

Médit. III., pag. 25-27.—Descartes hace en otra parte la misma confesion; conviene en que á menos de estar seguro que Dios existe, y que no puede querernos engañar, no podriamos estar ciertos de la verdad de las cosas que percibimos mas clara y mas distintamente. He aquí sus palabras: « La facultad de conocer, dada por Dios, llamada luz natural, nunca percibe ningun objeto que no sea verdadero en lo que ella le percibe, es decir, en lo que ella conoce clara y distintamente; en razon de que tendriamos motivo para creer que Dios seria engañoso, si nos la hubiese dado con tales calidades que nos hiciese tomar lo falso por verdadero, haciendo buen uso de ella. Y esta sola consideracion debe librarnos de esta duda hiperbólica en que hemos estado, cuando no sabiamos aun, si el que nos ha producido se habia complacido en hacernos de suerte, que nos engañásemos en todas las cosas que nos parecen muy claras. » *Les Principes de la Philosophie*, n. 30, pag. 24.

dad; y aun la misma verdad de este principio es dudosa, hasta que esté cierto de la existencia de Dios, y de que no puede querer engañarme. Pero ¿cómo, según Descartes, estaré seguro de la existencia de Dios? Porque la idea de Dios es la *mas clara y la mas distinta de todas las que están en mi espíritu*¹. Así pues, por una parte, si Dios no existe, podrían engañarme mis percepciones las mas claras y las mas distintas; y por otra, hay Dios, porque si no le hubiera, mis percepciones claras y distintas me engañarian. La existencia de Dios prueba la verdad de mis percepciones claras y distintas, y mis percepciones claras y distintas prueban la existencia de Dios. ¿Y es abusar bastante del discurso? ¿Y es confesar bastante su incapacidad? Uno de los mas grandes ingenios que han parecido en el mundo, emprende asegurarse de la verdad por solas sus fuerzas, y ni aun puede probar que él mismo existe. Por todas partes le embiste la duda: si niega, si afirma alguna cosa ¿qué digo? si abre la boca, si habla, todo es una patente contra-

¹ *Médit. III., pag. 40.*

dición de sus principios. Y con todo, ¡O debilidad del juicio humano! esta filosofía se establecerá, y no será la filosofía de los escépticos, sino de los creyentes; y la escuela hará de ella el fundamento de su enseñanza, y la defenderán los cristianos; la defenderán en el siglo de la duda, aun después de haberles patentizado la experiencia sus efectos. ¡Qué contradicción tan extraordinaria! ¡Pero qué! ciento y cincuenta años ha, que algunos hombres dicen á otros hombres: Esta es la verdadera doctrina, créedla; y la filosofía del discurso se perpetúa por la autoridad, á pesar de la razón.